



LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

Rosalía María Levy

Escritora norteamericana. Se convirtió el año 1912. De sus libros citaremos, como más conocidos: *The Heavenly Road* (El camino del cielo), *Why Jews Bekome Catholics* (Cómo los judíos pueden llegar a ser católicos) y *Judaism and Catholicism* (Judaísmo y Catolicismo). En el año jubilar de nuestra Redención, 1933, dirigió Miss Levy una llamada a los judíos de todo el mundo para reconocer a Jesucristo como verdadero Mesías.

Fué el año de 1912 cuando Dios me concedió la gracia de encontrar la fe en su Hijo divino, y en las enseñanzas de la Iglesia. Escribo la presente relación en agradecimiento de esa grande gracia, y quiero confiar en que alentará a otras almas en la búsqueda de la verdad.

Mi patria fué una pequeña ciudad del Sur, en las vecindades de Nueva Orleans, a donde íbamos con frecuencia, sobre todo en Carnaval. Eramos cuatro niños; tres muchachas y un varón. La mayor, una niña, murió muy joven. Recibimos nuestra primera educación allí mismo bajo la diligente dirección de mamá, que regentaba una escuela privada de niñas. Mis padres eran judíos y educaron sus hijos según los principios de la religión judía. Fuí enviada a la escuela sabatina y aprendí allí la doctrina de la religión judía y asistía con toda regularidad a los oficios religiosos que se celebraban el viernes a la noche y el sábado a la mañana, en la Sinagoga.

Ya en mi primera juventud comenzó a atraerme todo lo católico y ocasionalmente iba con mis amigas ca-

tólicas a la Iglesia y asistía a los oficios divinos. Es cierto que nada entendía de las ceremonias, pero me agradaba estar allí, porque todo era impresionante y devoto. Con mucha frecuencia oí contar a mi madre de una amiga suya que más tarde se había hecho católica. Y a veces me preguntaba a mi misma porqué los judíos no creían que Cristo fuera Dios, siendo la fe de tantos millones de cristianos. Como todos mis correligionarios yo estaba persuadida que todavía no había venido el Mesías. Y sin embargo pensaba muchas veces que si en efecto hubiera venido ya, sería imposible que superara en bondad, amor y atractivo al Cristo del Nuevo Testamento.

A los catorce años entré en un pensionado de Nueva Orleans, que no pertenecía a ninguna determinada secta. La Directora, una presbiteriana, era piadosa y de una exquisita cultura. Ella aconsejaba a cada alumna que en el día del Señor asistiera a los oficios divinos en la Iglesia, al que pertenecían sus padres. Yo iba cada sábado a la Sinagoga. Pero el domingo iba también a veces con alguna de mis amigas a oír la Santa Misa. Cada domingo por la tarde teníamos en el Colegio una fiestecita religiosa en el salón de estudio. La directora la abría con una lectura del Nuevo Testamento. Entre las parábolas, la de las vírgenes prudentes y locas y la semilla malograda, fueron las que más impresión me produjeron.

Los cantos de la Iglesia los cantaba yo con todos llena de satisfacción. Meditaba muchas veces sobre la letra y sentía consuelo en ello.

Un día me contó una de mis compañeras que en una particular necesidad que tenía iba a hacerle una novena a San Antonio de Padua. "Yo desearia que hicieras otra por mí, le dije, porque yo también desearia pedirle una gracia especial que necesito". —"Pero eso lo puedes hacer tu misma, si quieres", me respondió ella. Esto me pareció magnífico: "Bien, yo quiero hacer la novena, si tú me enseñas cómo se hace". Mi amiga me dió una estatuita de San Antonio y me enseñó una oración en su honor. Comencé enseguida con gran entusiasmo mi novena. Con grande pasmo mío y entusiasmo mi petición me fué escuchada, y desde entonces tengo una grande devoción a San Antonio.

En el otoño de 1906 conocí a una amiga de mi mamá, una viuda joven y fervorosa católica. Nos entendimos muy bien y llegamos a ser íntimas amigas. Como ella estaba siempre enfermiza, yo la visitaba con muchí-

LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

sima frecuencia. Su dulce paciencia y la conformidad con la voluntad divina con que sobrellevaba sus padecimientos y el abandono que sufría, me impresionaron hondamente e hicieron germinar en mi alma serios pensamientos. Tomé como un deber los domingos y días de fiesta, cuando todos iban a la función de la Iglesia dejándola sola, irme yo a su casa a acompañarla. Las funciones religiosas judías no me satisfacían ya, me resultaban frías, como si faltara algo fundamental. Por eso, fuera de las fiestas, iba muy rara vez a la Sinagoga. Mi amiga lo advertía. Rara vez hablábamos de religión. Pero ella trataba de convencerme de la necesidad de consagrar un día de la semana al Señor. Como yo trabajaba ya en una oficina y me era imposible guardar el sábado judío, quería ella convencerme que debía dedicar a Dios el día domingo. Así comencé a ir a la Iglesia católica que prefería a todas las demás. Como mi amiga conocía mi devoción a San Antonio, me enseñó también la devoción de los "nueve martes". Yo hacía también de vez en cuando novenas a la Santísima Virgen y a San José.

En Julio de 1909, dos Padres Paúles dieron una misión en mi pueblo. Una amiga nos invitó a mi mamá y a mí a asistir al sermón de la noche. Nosotras la acompañamos varias veces y escuchábamos con particular interés los sermones del difunto P. Lewis J. O'Hern de Washington. Mi simpatía por la Iglesia católica estaba de alza. No podía tolerar que alguien la atacara, y cuando podía la defendía lo mejor que me era dado. Pero aún no había entrado por la idea de hacerme católica.

En 1910 fui a Washington para ocupar un puesto oficial. En la segunda tarde de mi llegada fui invitada a un paseo en coche. Cuando descendíamos de la Avenida Pensilvania hacia el Capitolio mis ojos se clavaron en un anuncio eléctrico de la "Central Unión Mission" en que me llamaron la atención estas palabras: "Jesús, la Luz del mundo". Estas palabras me produjeron una fuerte impresión. También allí busqué la sinagoga, pero asistí muy rara vez a los oficios religiosos. Mi interés por ellos se había extinguido. Aunque todavía me duraba la persuasión de que el Mesías no había venido, con frecuencia me atormentaban serias dudas. Pero tenía una gran confianza en la oración y me iba con frecuencia a la Iglesia católica.

El domingo de Palmas de 1911, acompañada de una amiga no católica, asistía yo en la Iglesia de San Pablo a la Misa solemne. Con dificultad pudimos abrirnos paso por la nave central; tan apiñada era la muchedumbre que llenaba la Iglesia. Tuvimos que quedarnos de pie durante toda la función. Aunque no entendíamos las ceremonias, asistíamos llenas de satisfacción; todo era tan impresionante y tan devoto. Cuando contemplaba el altar lleno de luces, y el suave esplendor de las lámparas,

y los cuadros, y las estatuas y la maravillosa armonía arquitectónica del conjunto, me sentía conmovida y deseaba sólo entender y creer lo que los demás entendían y creían. Después fui con mucha frecuencia a la Misa de la Iglesia de San Patricio, aunque no podía acostumbrarme a arrodillarme con los fieles. Un domingo me vió salir de la Iglesia una dama conocida mía y me dijo: "Ay, si yo no sabía que Ud. era católica". "Es que no lo soy, le respondí, pero quisiera oír algo de la doctrina que Uds. creen". Ella pareció quedar contenta y quiso presentarme a las Hermanas de Notre Dame con el fin de que me instruyera. Al principio resistí, pues no estaba aún del todo determinada a hacerme católica, y no quería comprometerme en un curso serio. Pero ella me tranquilizó, diciéndome que no tenía porqué hacerme católica, si no sentía verdaderos deseos de ello. Además que no podría ser recibida en la Iglesia, mientras no conociera la doctrina católica. Cedí con esto, y directamente nos encaminamos a las Hermanas. Esto, en los primeros días de Mayo de 1912.

Allí me encontré con una Hermana, que tenía el cargo de instruir a los que buscaban la conversión. Ella se ofreció inmediatamente para hacer de mí, cuanto ella pudiese. Me mostró tan claramente el mérito de la enseñanza católica de la intercesión de los santos en mi caso personal, que me predispuso para aceptar por verdadero todo lo que me enseñara. Según iba progresando y estudiando penetraba en mí cada vez con más fuerza la persuasión de que Cristo era el fundador de la Iglesia. Si Cristo era Dios, todas sus enseñanzas tenían que ser verdaderas. ¿Pero lo era en efecto? Aquí estaba la cuestión decisiva, que reclamaba una respuesta. Era la que hace años me estaba persiguiendo: "Es Dios, Jesucristo? Es el anunciado Mesías?" Todo se lo participaba yo a aquella hermanita. Felizmente y para gran ventaja mía descubrí bien pronto, que era para la Hermanita bien fácil persuadirme a mí de esa verdad con la ayuda de la Sagrada Escritura. Interiormente yo pedía a Dios que me concediera la gracia de conocer la verdad, y aliento para vencer las dificultades que pudieran ofrecérseme todavía.

Conté a una de mis amigas católicas que estaba pensando en hacerme miembro de su Iglesia. Sorprendente: ella en vez de alentarme trató al parecer de desanimarme. Me advirtió del dolor que ese paso mío había de producir en mi familia. Ya lo veía yo esto, pero sentía que mi primer deber era el obedecer a Dios, y estaba dispuesta a cualquier sacrificio con tal de agradarle a El... Todavía yo pedía una señal para estar segura de que obraba rectamente. Precisamente cuando yo oraba en una ocasión de esa manera, se me vinieron a la memoria las palabras de Santo Tomás: Mientras yo no

LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

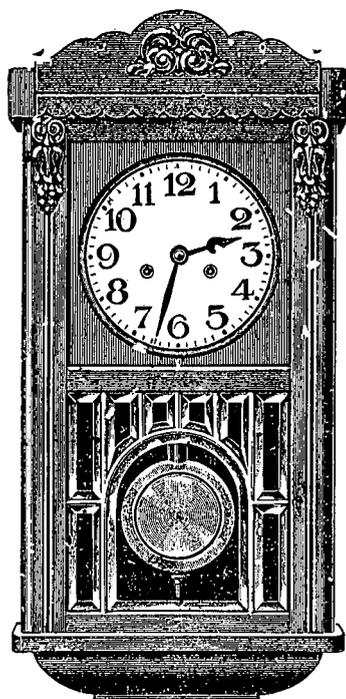
vea en sus manos la herida de los clavos y no meta mi mano en la herida de sus manos y de su costado, yo no creeré." Y me parecía que el Señor me dijera a mí, lo que en aquella memorable ocasión dijo a Santo Tomás: "Porque me has visto crees; dichosos los que no vieron y creyeron." Jesús me había hablado desde el Tabernáculo y me había concedido el valor y la paz.

La víspera de la Asunción de Nuestra Señora de 1912 fui admitida en el seno de la Iglesia. Y lo que es más bello, en el mismo día de la fiesta tuve la felicidad de recibir la sagrada comunión y el sacramento de la confirmación, que el difunto Cardenal Bonzano, entonces Arzobispo y Delegado Apostólico, me dió en la capilla privada de su casa.

No soy capaz de describir aquí lo feliz que me siento, desde que fui acogida en el seno de la Santa Madre Iglesia. Mis consolaciones fueron excepcionales. Pero en los primeros tiempos no faltaron íntimas amarguras. Las

más dolorosas fueron los reproches de mis padres, que no podían ni querían entender porqué había yo abandonado la religión judía para lanzarme en los brazos de la Iglesia católica. Pero a nada viene el insistir aquí en esos dolorosos episodios. Ellos no podían comprender mi posición espiritual, la convicción de mi corazón y la extraordinaria gracia de Dios que me había conducido a la Iglesia, y me había fortalecido para abrazar la verdadera fé.

En la persuasión de que muchas almas sinceras seguirían con alegría los pasos del Señor si alcanzaran la luz para superar la dificultad de la cuestión que un día me atormentó a mí misma: "¿Cristo, es Dios? ¿Es el Mesías prometido?" he procurado solucionarla en mi libro: *El Camino del Cielo* (Editor y propietario: Convento "Unserer Lieben Frau vom Sion", Viena, VII, Bur-gasse, 37.) La promesa de Dios de darnos un Redentor se ha cumplido y es de ello prueba en la tierra la supervivencia de su Santa Iglesia.



Joyería "LA PERLA"

RELOJES DE PARED Y DE MESA

CATEDRAL SUIZA

PRECISOS — ARMONIOSOS — ELEGANTES

Artículos para el Culto

Cálices — Copones — Custodias — Candeleros — Cruci-

fijos — Atriles — Vinajeras — Porta-Viáticos — Misales.

Breviarios — Rituales — Horae Diurnae — Casullas,

Capas en todos los colores, etc., etc.

LA UNICA CASA ESPECIALIZADA EN EL RAMO